

EN PUNTO

"JUDIOS DE AFRICA"

Lo que se reprocha a los ibos

«Judios de Africa». La expresión se repite con frecuencia desde que estalló el conflicto. Nacida de la emoción y de los recuerdos engendrados por las matanzas de las que aquéllos fueron víctimas en los últimos años, designa a los ibos. No cabe ninguna duda, por otra parte, de que en el terreno del dinamismo, del espíritu de competición, del sentido de los negocios, los ibos soportan la comparación, pero llevarla más allá de estos límites sería exponerse a una excesiva simplificación.

En el Este de Nigeria, en Biafra, viven de ocho a nueve millones de ibos con unos cinco millones de no ibos: ibibios, ijaws, ogojas, ekosis... Son también algo más de medio millón en el Estado del Centro-Oeste, separados por el río Níger de los ibos de Biafra.

Comparados con los yorubas del Oeste, los ibos han conocido tardía-

mente la educación occidental. El doctor Nnamdi Azikiwe, ex Presidente de la Federación, es uno de los primeros hombres de su generación que ha gozado de una enseñanza universitaria. Esto ocurrió después de 1935. A pesar de este retraso, en vísperas del golpe de Estado de 1966, perpetrado por oficiales ibos, éstos ocupaban los principales puestos-clave de la vida del país. Ibos eran los doctores Azikiwe y Orizu, respectivamente presidentes de la República y del Senado. Ibos eran los doctores Kenneth Diké y Eni Njoku, rectores de las Universidades de Ibadan y de Lagos. Ibo era el doctor Pious Okigbo, consejero económico del gobierno federal. E ibo también el general Ironsi, jefe supremo del ejército, cuyo cuerpo de oficiales contaba con una mayoría de ibos.

La misma situación se produce en el mundo de los negocios, en el que,



IRONSI, UN IBO REPRESENTATIVO.

aparte disponer de un número respetable de magnates, los ibos manejaban literalmente los mandos intermedios. Inteligentes y trabajadores, proporcionaban al país gran parte de sus técnicos y de la mano de obra industrial especializada.

Tal cantidad de progresos en tres decenios, tal avance de los ibos debía suscitar la inquietud de los otros pueblos. La señal de alarma fue dada por primera vez por Chief Obamefi Awolowo, yoruba del Oeste, que, poco después de 1950, fundó su partido político. Al hacerlo, Chief Awolowo estaba preocupado, sobre todo, por neutralizar la dominación ibo, que le hacía presentar la ascensión del doctor Azikiwe y del NCNC (National Council of Nigerian Citizens).

¿Podía verse un signo de odio en esta reacción de los demás nigerianos? ¿La expresión de una inquietud? Sin

duda, una mezcla de las dos cosas. La aversión nacida de la envidia se mezcló al temor legítimo a un dominio político y económico de los ibos sobre los demás pueblos. La amenaza de un conflicto ibos-yorubas en Lagos a partir de 1945, los disturbios de Kano en 1954 fueron otros tantos síntomas de este miedo que surgía por doquier. Un miedo que, en la actualidad, se revela como una fuerza de unificación para los nigerianos. Sean cuales sean las diferencias que les separan, los demás grupos étnicos se unen en el miedo común a una dominación ibo. Ellos también ven en la lucha que se lleva a cabo una lucha de supervivencia, supervivencia política y económica para ellos y sus hijos. Todos quieren que los ibos sean «contentidos».

Así, pues, los ibos son odiados. Pero el fenómeno se ha amplificado, ha tomado proporciones que sobrepasan toda medida a favor de los excesos momentáneos engendrados por un conflicto sangriento. A raíz de las matanzas de 1966, alrededor de dos millones de ibos abandonaron el Norte y las demás regiones de Nigeria que no eran el Este. El hecho de que tantos ibos hayan podido vivir en medio de los demás nigerianos en una prosperidad siempre creciente hace reflexionar en cuanto al grado de tolerancia de que eran objeto. En todo el mundo, cualquier persona dotada a la vez de dinamismo, de combatividad y de sentido de los negocios se atrae inevitablemente la envidia y la aversión. Lo cual también ha ocurrido en el Camerún con esos vecinos de los ibos que son los bamilekés.

Los ibos han hecho tanto por Nigeria como Nigeria ha hecho por ellos. Con sus dimensiones y la inmensidad de sus recursos, Nigeria era un campo de desarrollo ideal para un pueblo de valor, y los demás nigerianos se han aprovechado tanto de las calidades de los ibos como los mismos ibos. En una Nigeria bien equilibrada, en la que todos los grupos étnicos tuvieran su seguridad garantizada, los ibos podrían dar la exacta medida de su talento, que es un capital para el país y para Africa entera. ■ R. U. (Reportaje sobre Nigeria en páginas 14 y 15.)



Embajada en la selva

Esta es la embajada de Cuba ante el G.P.R. de Vietnam del Sur. Unos cuantos palos hincados en tierra, una cubierta de latón, la placa en castellano y vietnamita y la bandera izada sobre una tosea asta. Mientras la problemática operación relevo se produce, el gobierno indio ha indicado la posibilidad de reconocer también al gobierno provisional revolucionario. La embajada, situada en algún lugar de Vietnam del Sur, es muy distinta de la imagen habitual que tradicionalmente nos ofrece la larga historia de la diplomacia, pero dada la situación y el medio en que está no puede ser más funcional.

¿"ORDENACION DEL TERRITORIO" O "DESARROLLO REGIONAL"?

Hay que superar la concepción "asistencial"

La problemática en torno a la «Ordenación del territorio» y, en general, a la distribución espacial de los recursos económicos ha sido abordada recientemente en un interesante trabajo de G. Sáenz de Buruaga, publicado en la Biblioteca Universitaria de Economía (Guadiana de Publicaciones), que dirige el profesor Tamames. Conocida como «Town & Country Planning» en los países anglosajones, como «aménagement du territoire» en Francia, «assetto territoriale» en Italia y «Landesplanung» en Alemania, la expresión, más o menos paralela, en castellano, «Ordenación del territorio», ha sido prácticamente desconocida en España hasta la fecha. No debe confundirse, por una parte, con el urbanismo, que circunscribe su acción a la ordenación del espacio urbano y a la previsión de las necesidades futuras del suelo y ciertos servicios colectivos, ni, por otra, con el «Desarrollo regional»,

que tantas veces ha sido utilizado especulativamente, con materiales a menudo inútiles. Por el contrario, la ordenación del territorio, surgida de los anteriores conceptos —y de algunas de las técnicas que los mismos conllevan—, pretende unir los diferentes enfoques profesionales y especializados en una visión globalizadora del espacio económico. De ahí que se reclame la colaboración en equipo de administradores, antropólogos, arquitectos, urbanistas, economistas, geógrafos, sociólogos, etc., etc. En definitiva, no supone sino un esfuerzo más por dominar el medio físico y natural a través de los últimos y decisivos hallazgos de la ciencia. Dependerá, en última instancia, de la orientación ideológica y de las fuerzas sociales que la promuevan, el hecho de que la ordenación del territorio pueda contribuir a la transformación de la sociedad o, por el contrario, a la agravación y

EN PUNTO



acentuación, a un nivel superior, de las limitaciones que caracterizan el desenvolvimiento económico actual.

Son muchos los temas que se suscitan —sin dejar de ser algunos de ellos todavía muy problemáticos— en el estudio de Sáenz de Buruaga. Tras la exposición de las experiencias en esta materia en diversos países (Francia, U. R. S. S., etc.), pasa a la delimitación de los conceptos —fundamentales— de «espacio» y «región» económicos, para terminar, con el fin de concretar y contrastar las anteriores ideas, con un análisis crítico —y sin duda polémico— del País Vasco y su zona de influencia, desde la perspectiva de la ordenación del territorio.

Es precisamente a través de este último estudio como llega Sáenz de Buruaga a las siguientes conclusiones de carácter general en torno a una planificación regional y de ordenación del territorio en España, cuya síntesis podría ser la siguiente:

- La política regional ha de superar la provincia como unidad básica y administrativa de actuación, introduciendo la ordenación del territorio en la planificación del desarrollo económico.

- Debe, asimismo, superarse la concepción exclusivamente «asistencial» que el desarrollo regional —y especialmente el Plan de Desarrollo— reviste en España.
- Resulta necesario afrontar una planificación adecuada de los movimientos de población interiores —no realizada hasta la fecha—, que englobe planes de educación, empleo, vivienda, etcétera.
- La planificación regional ya no puede elaborarse desconociendo las actuales tendencias de ordenación del territorio económico europeo.
- En este sentido, la política oficial de «polos de desarrollo» debe superar su actual municipalismo y orientarse hacia la formación de metrópolis económicas dentro de regiones vertebradas.
- Por último, todo ello sólo puede realizarse en el marco de una elemental descentralización administrativa de las decisiones económicas, tanto en la etapa de análisis de problemas como en la de actuación y ordenación del espacio económico. ■ A. L. M.

LA AGONIA DEL "BALLET ESPAÑOL"

Una gramática coreográfica que se ha quedado vacía

Durante más de un mes, dentro del programa de Festivales de España, el Palacio de los Deportes de Madrid ofrecerá un complejo programa de danza. Cuando escribo este comentario, ya han actuado dos formaciones: el Ballet Gallego y la Compañía de Antonio. Por delante están Luisillo, el espectáculo folklórico de Antoñita Moreno y otras dos compañías extranjeras. Ciño estas

líneas a la participación española, porque me parece —y esto es ajeno a los programadores, que, lógicamente, habrán elegido lo mejor— que revela, sin posible duda, el estancamiento a que ha llegado la danza en España.

En realidad, durante muchísimos años, hemos estado viviendo de los ya lejanísimos esfuerzos por crear un «ballet español». Pilar López, enclava-

da por su escuela y su apellido en esta tradición, ha encarnado, tal vez, el papel de su última gran figura. Antonio, que pudo haber sido muchísimo, creo que ha terminado envuelto por el confusiónismo estético que aquí padecemos en el campo de la danza.

Nada más expresivo, a este respecto, que el Ballet Gallego. La relación entre el baile popular y la danza clásica —afrentada un día, circunstancialmente y desde perspectivas mucho más totales y complicadas, por los Ballets Rusos— muestra su sustancial heterogeneidad. La técnica y los objetivos rítmicos del baile clásico se ven limitados por el esquematismo o pobreza estética del baile popular, a la vez que éste pierde su potencia expresiva, su condición de afirmación colectiva, al

subordinarse a ciertas convenciones del «ballet». Sale así una zona híbrida, de base popular, pero despolarizada, asentada en la realidad, pero endominada y falseada por las necesidades de teatralización.

Todo ello determina, me parece, la ausencia de una poética. Nuestras compañías de danza no son el correlativo de una dinámica social. No son la expresión estética específica de un grupo humano. No viven dentro de un proceso que exija la búsqueda de nuevos lenguajes, de nuevos objetivos coreográficos.

El flamenco nació y creció de una realidad. El «ballet español» se nos ha quedado en un culturalismo pequeño burgués, cada vez más gratuito. Ha sido, en cierto modo, una falsa salida de la gran agonía del «ballet clásico». Es muy significativo que en España no se haya abordado seriamente la danza moderna. Es decir, la que nace de una serie de maestros que, rompiendo las viejas reglas coreográficas, han buscado una expresión total del bailarín. El que, por ejemplo, existan tantos puntos de contacto entre un Maurice Bejart —adscribible a la danza moderna— y ciertas tendencias del teatro «dramático» moderno, se explica porque unos y otros andan buscando el modo de representar —en profundidad y no naturalísticamente— al hombre actual.

Temo que nuestro «ballet español» ya no representa, poéticamente, a nadie ni a nada. Es una gramática coreográfica que se ha ido vaciando con los años y que, en la selva de sus pasos, ha perdido el secreto del signo, de ese ritmo en el que el espectador reconoce una parte de sí mismo y del oscuro curso del subconsciente. El peligro de la gratuidad o el arqueologismo es evidente. ■ J. M.

